

EL AMIGO DEL PUEBLO;

PERIODICO LITERARIO Y POLITICO.

(1.º SEMESTRE.) LIMA, SABADO 12 DE SETIEMBRE DE 1840. (NUMERO 70.)

EJECUCION DE JUANA GRAY.

(CONCLUSION.)

—La princesa Elizabeth, exclamó Fayry!

—Ella misma, que su hermana Maria Tudor tiene encerrada en la Torre desde la conspiracion de Wyatt, a pesar que no se ha hallado cosa alguna que la acuse.

—Quizas vendria a considerar la suerte que la amenaza.

—No sé, respuso maestro Jack; pero ha estado midiendo por largo tiempo la sala con la vista; se acercó a mi, me ecsaminó con atencion; despues dió con el pie sobre las baldosas de piedra.—Esta sorda esta sala? me dice—Los ayes de un hijo, contesté yo, no llegarían a oídos de la madre.—Y la sangre se lava con facilidad sobre estas baldosas? añadió ella.—Algunos jarros de agua, y ni rastro siquiera. Se sonrió; despues, olvidando todo cuanto la rodeaba, apoyó su mano sobre el tajo, y se perdió en sus reflexiones. Poco a poco la enajenaron tanto, que hablaba quedo; y no pude oír mas que estas palabras que dijo golpeando el tajo:—Por lo demas, tal vez es esto la mejor base del trono. Al instante ordeno a un soldado que la condujese al aposento de lady Juana Gray, y salió. La conversacion duró mucho tiempo; porque hasta una hora despues, vino un oficial de la Torre a decirnos que estuviésemos prontos. Casi al instante pareció lady Juana Gray. Había oído hablar mucho de su belleza; pero jamas me habria figurado una joven, tan noble y tan gallarda. Dos sacerdotes de la iglesia romana la acompañaban; uno de ellos que, hace tres dias, le fue enviado por la reina, a fin de prepararla a la muerte y traerla a la fe católica, no habiendo logrado persuadirla por sus palabras, le dirigió un discurso formidable para conmovierla en presencia del suplicio. Le mostró el tajo; este furioso tomó mi hacha, y se la paso por los ojos con atroces amenazas de condenacion eterna; la maldijo entregandola a los infiernos. Todos los asistentes se estremecieron; ella sola, tranquila y resignada, parecia no haberle oído.

Señor, le dijo, yo creo que cada criatura oprime con su solo peso, la balanza de la justicia divina, y que las oraciones de los hombres ni sus maldiciones no aligeran ni sobrecargan el peso de sus culpas. No se recomienda un alma a Dios como un acusado a sus jueces; a él no se le seduce ni se le compra; esto es lo que Roma ignora o no quiere saber. Haced la gracia de dispensarme de sus indulgencias y de sus anatemas. El sacerdote se retiró gritandole:—Muere pues en la impenitencia final y la condenacion eterna! Sonrióse ella y volvióse hácia un oficial; sacando una

carta de su seno.—Señor, le dice, ¿quiereis entregar esta despedida a mi hermana?—Señora, contestò el oficial, le darè esta carta cualquiera que sea su contenido, y a pesar de la prohibicion de la reyna Maria de dejar salir ningun escrito vuestro de esta prision.—Podeis leer esta carta, respondió lady Juana.—Abrióla el oficial y pareció al instante muy confuso.—Hallais algo culpable, se dice lady Gray, y el adios de una hermana a su hemana os parece temible á la autoridad de vuestra reina.—No es esto, responde el oficial balbuceando, no podria decir que esta carta tiene nada de culpable, pues es corta y en caractéres que no conozco.—Sí, dijo tristemente lady Gray, es el último homenaje á mi culto, un adios á mis dulces ocupaciones; sí, he escrito esta carta en un idioma extranjero, en una lengua extinta y muerta como yo lo estaré muy luego. Es la de la bella Grecia que celebra a sus hijas coronadas para ser hermosas; es aquella en que he aprendido el sacrificio de Ifjenia, muerta sobre el altar donde se elevó la ambicion de su padre. Pues, señor, llamad sir Tomas, obispo de nuestra iglesia de Inglaterra, encerrado en esta carcel, él os leerà esta carta. Un centinela fue a buscar a sir Tomas. En el entre tanto, lady Juana se paseaba lentamente por la sala, despues se ha detenido de pronto al entrar el teniente en la Torre. Y bien! exclamó ella, y bien! señor. No dijo mas, porque el teniente parecia haberla comprendido, y le respondió:—Todo està concluido, señora—Todo, repitió ella; y añadió, mirandole con dulzura, han muerto....—Como héroes, dice el teniente.—El duque? dijo Juana Gray,—con altanería y desden;—mi padre?—tranquilo y resignado,—y Dudley?—Dudley, sonriendose y señalando el cielo.—Allá voy, allá voy, exclamó lady Juana, cayendo de rodillas, allá voy Dudley mio!

—Es cierto que han muerto como tres bravos Ingleses, dice Fayry, con voz conmovida, y despues?

—Llegó sir Tomas, continúa Jack, tomó la carta, y la leyó en alta voz en ingles. Dios de misericordia! nada hay mas hermoso que esta carta. La pobre mujer, compadece a su hermana, ella muere y es la que anima; ella es la que muere y la que perdona, ella es la que muere y la que ruega por los que le dan la muerte. Era una cosa horrible, Fayry, el ver a esta joven, en medio de todos nosotros, de soldados con corazas, un sacerdote con sus hábitos pontificales, yo, los carceleros, una porcion de hombres duros que lloraban, mientras que ella estaba sosegada y tranquila.

—Y despues? exclamó Fayry.

—Y despues, como se le habia negado una mujer que le acompañase, yo he sido el que la he quitado la gorra, yo el que la he cortado su hermoso pelo. Sobre mi alma, Fayry, yo temblaba como un chiquillo; me habló con bondad: sentia

que el corazón me faltaba, y, cuando ya estuvo pronta pedí tres veces mi hacha sin echar de ver que estaba junto a mí. Ella se detuvo, como para darme el tiempo de reponerme, y se dijo a sí misma:—Bendito sea Dios, vale más morir que matar.—Después, se puso de rodillas, he medido el lugar, y he herido, pero como un cobarde, cerrando los ojos, y la cabeza....

—Cayó, dice Fayry.

—No, respondió Jack, tuve miedo; y este cuello de una niña, tan flexible y débil como el de un cisne, no lo ha cortado esta hacha, que redondamente cortó la cabeza del famoso Gifford, llamado pescuezo de toro.... me fue preciso empezar de nuevo. ¡O execración! Que infamia matar a tan hermosa criatura! Casi me desmayé; y, cuando hemos quedado solos, para lavar la sangre y encerrar el tajo, entró de nuevo la princesa Elizabeth, se detuvo en el umbral, fijó la vista en la sala y nos dijo:—Bien, ni rastro siquiera!—Escucha, Fayry, si, como se dice, la reina María Tudor, esta enferma y amenazada de muerte, y su hermana Elizabeth hace, a su vez, romper la declaración de su ilegitimidad y le sucede en el trono, no faltará sangre sobre el mismo tajo y en la misma sala, sangre real, si es preciso, sangre de una mujer, quizás; pero, lo juro, primero me cortaré la mano que volver a llenar un deber tan terrible.

—Me cedereis pues el puesto, dice Fayry?

—Si, exclamó Jack, y ojala que tu no deshonres tu profesion como yo lo he hecho hoy.

Veinte años después, cuando Elizabeth hizo ejecutar a María Stuart, Fayry, el verdugo, se vio obligado también a reponerse por dos veces.

ENSAYO JENERAL

De una Opera en Paris.

Se ha repetido tantas veces cuanto hay de jocoso y moral que pudiera decirse acerca de lo que pasa *detrás del telon*, que no podrá sospecharse que queramos reunir aquí los lugares comunes de una observacion trivial. Tiene el drama, como las demás acciones de la vida, diferentes puntos de vista por los que puede mirarse. Como se ve obligado a mostrarse en público con un aparato fingido, su interior real y verdadero no puede menos de ofrecer contrastes salados, fáciles de preverse, y por tanto menos extraños de lo que se ha querido decir. Bien sabe la sociedad que el drama es cosa fingida, convencional, y no le causa sorpresa el saber los embustes de entrebastidores y las astucias de las decoraciones animadas o inanimadas. Si llega a escuchar lo que pasa en aquel país que no conoce, si no puede menos de reírse con solo pensar que Minerva, diosa de la sabiduria, da parte al director de haber parido felizmente, o viendo que Agamemnon pide un polvo de rapé a Jupiter, es porque existe un género de burlesco inmutable, eterno, que causará siempre las risas y los sarcasmos. Así es que el telon sirve de velo, y un pensamiento misterioso nos dará continuamente ganas de saber que es lo que nos oculta. Pero no es el teatro a donde debemos dirigir la investigacion de las regiones de que nos separa el telon; no es la oficina cómica la que necesitamos ver, si buscamos escenas grotescas, si queremos encontrar ocasiones de

perder las ilusiones y los desengaños, medianía y bajeza notables, junto a la falsa grandeza, mentiras capaces de arrancar de nuestro corazón toda fe y crédito, hipocresía, etc. etc. No, no por cierto. En cualquiera otra parte adonde nos dirijamos, encontraremos mil entrebastidores y mil laboratorios, en los que la sociedad, en medio de sus más serias apariencias, se ve impudentemente sorprendida, y nos causa desprecio e irritacion. El ídolo de Matan, dorado por de fuera y comido por los gusanos en el interior, los palos flotantes de Bonhomme, la caña pintada que imita el hierro, las máscaras de diversas especies, la cabeza hermosa sin seso, no son sino fábulas miserables al lado de las que pueblan realmente el mundo político y social; y los menos curiosos entrebastidores, los menos fecundos en imposturas odiosas y ridiculas son los del teatro.

Las cocinillas particulares de nuestros espectáculos, desde el grave salón de la comedia francesa hasta el más mezquino cuartito dramático, no son lo que piensa el vulgo. Llegará el día que les dará historiadores y pintores; y entonces verá el público los sitios destinados a una reunion alegre e instruida, una sociedad que el gusto y la libertad atraen y animan; y no dá crédito a lo que se cuenta acerca de la disolucion que se atribuye estúpidamente a los cómicos. Encontrará detrás del telon salones, en los que la franqueza y la independencia en nada se oponen a un trato fino y regular, y verá también deslizarse de estos corrillos que animan una penetracion rápida y una idea viva, dichos graciosos, disputas animadas y profundas agudezas dignas de conservar y referirse, y la originalidad más atractiva en una conversacion. Hay entre estos salones alguno que pudiera abastecer de disputas de buen gusto, conversaciones instructivas, y ocurrencias injeniosas a veinte tertulias de la jente de forma. Los cómicos se interesan mucho en que se conserve un buen tono en su salón, y no permitirían que nadie faltase en él a la moderacion que jamás debe echarse en olvido. Un antiguo caballero de San Luis me decía hace pocos días: “¡Ay! Señor, he servido yo en un regimiento!... teníamos un cirujano excelente, un magnífico caballo de timbalero, y un capellán muy libertino.” Un actor de mérito habla igualmente de la cocinilla de su teatro con mucho entusiasmo. Aunque no existe ya la etiqueta de los suizos, que con el bastón en la mano cuidaban de los entrebastidores de los teatros reales; la urbanidad sin pretension, las consideraciones y el buen gusto aun no se han perdido; y he oido yo este invierno que un cantor de nuestra primera escena lírica decía a sus compañeros, indignado al encontrar los huesos de algun ave en la chimenea del salón, después de un carnaval “Han cenado aquí sin hacerse cargo de que es el salón de los primeros actores” ¿Renunciará semejante hombre a la dignidad del salón del teatro?

Lo que se cuenta acerca de lo que pasa detrás del telon es una calunnia: llegará el día en que todo se ponga en claro; y no tratamos hoy de anticipar ese momento inevitable.

Las pruebas que separan el nacimiento intelectual de una obra dada al mundo dramático, en hermoso papel vitela, de la tarde en que se somete a la adopcion del público, son largas y variadas. Los autores, cuya existencia empozoñan semejantes tribulaciones, jamás querrán confesar injenua-

mente que tormento les causan tan penosos pas-
sos: esta idea basta para horrorizarlas. Desde
el día en que el arcópagó escénico recibe un dra-
ma, hasta aquel en q' refleja el sol en el cartel las
grandes letras que dicen: *Hoy la primera repre-
sentacion de, . . .* suda el pobre hombre, y sufre
tormentos tales que los mas crueles verdugos no
pudieran inventar. Esta obra, que el autor acaba
de dar a luz con tanto trabajo y alegría, que
ha recitado tantas veces, que ha escuchado con
tanto cariño y complacencia, que ha adornado
con una ternura tan paternal, en la que se mira
como en un espejo, pavoneándose; esta comedia,
que debe colmarle de gloria y de pesetas; esta
produccion, que debe llevar su nombre a los cien
rincones de la vasta capital; este escrito, que tan
lindamente ha hecho copiar; este manuscrito, que
ha adornado con rosetas hermosas, como hace el
día de una corrida un jokey con su caballo queri-
do, en que manos ¡Virjen Santísima! en que ma-
nos viene a caer!

Después de haberle leído con tanto gusto, y
haberle escuchado con tal distraccion, he aquí que
ese cuaderno tan lindo se sume en la caverna de
la copia de los papeles, o se abisma en el agujero
del apuntador, y no es poco dichoso si se escapa
de las catacumbas de la cartera del director. Es
cosa por cierto dolorosa y digna de compasion ver
a ese hijo querido tratado, desgarrado y desdeña-
do de esta manera. Oiga U. después de eso al
rededor de una mesa a aquellos hombres y a
aquellas mujeres, que deletrean bostezando lo que
ha escrito U.; y después mas tarde debajo de los
techos tristes y sombríos de una sala sin luces ni
espectadores, vea U. a estos mismos hombres y
estas mismas mujeres cuchichear, balbuceando
entre ellos aquellas frases preparadas con tanto
cuidado y dicha; y después mas tarde aun es pre-
ciso tolerar el suplicio de aquel drama, salmodia-
do al son de una música peor que la de los ciegos.
Después de todo esto, habiendo pasado una ago-
nia lo menos de cuarenta días, con inesplicables
fases de temor y disgusto, sin mas testigos que
dos centinelas silenciosos e indiferentes como la
tumba, sin que se permita al paciente ni aconse-
jarse ni quejarse; aturdida la cabeza con una obra
que se ha hecho ya fastidiosa a fuerza de pasar
tantas veces por los mismos pulmones; cuando el
cariño que tenia a su obra se ve cambiado casi
en horror, entonces al fin empieza para el autor el
purgatorio del ensayo jeneral.

En todos los otros teatros este ensayo jene-
ral se hace a puerta cerrada, y deja un curso li-
bre a la franqueza de las correcciones y de las es-
periencias. El poeta, el director, algunos amigos
y apasionados del autor, y el personaje que está
encargado en particular de dirigir el entusiasmo
de los que se sientan debajo de la araña, * compo-
nen con los comicos que no tienen que hacer nin-
gun papel en el drama, todo el auditorio del ensa-
yo jeneral. Este ensayo no presenta entonces
mas que una fisonomia interior sin rasgos notables,

* Los que frecuentan los teatros de Paris, no
necesitan que yo les diga que el tal personaje re-
parte a una porcion de pillos bien vestidos billetes
de entrada, para que se coloquen debajo de la ara-
ña y en otros puestos, y palmoteen como desespera-
dos ciertas escenas el día en que se da comedia nue-
va.

un aspecto sério y afanoso, mas bien que curioso
y entretenido. Pero no es lo mismo en el teatro
de la Grande-Opera. Este país majico y encan-
tador es entonces a manera de una reina de trapi-
llo, y que no obstante bajo el engañoso descuido
de sus blondas, ha sabido manifestar sus hechizos,
antes de admitir a sus cortesanos a un besamanos
particular. La Academia real de Música (asi se
llama este teatro), aunque permite que se le vea
en su tocador, no por eso renuncia al deseo de
agradar y cautivar.

En la Opera el ensayo jeneral guarda un me-
dió entre los ensayos precedentes y la primera re-
presentacion. Acude el público de tropel, y se
desea aun mas este espectáculo, porque no se pue-
de entrar a él pagando, y el privilegio de ser admi-
tido le da mas precio y atractivos. Quizá es tam-
bien porque se desea ver en su traje ordinario a
los famosos actores de la grande escena; el Olim-
po en su casa junto a su hogar, los dioses cuan-
do cesan de tronar; es casi una familiaridad, es
como ir junto a ellos sobre las mismas nubes: son
las primeras frutas que el vulgo no gustara, sino
cuando le llegue su turno vulgar, frutas que a fuer-
za de arte y esmero, dan un gusto anticipado que
la multitud no puede saborear, sino cuando esta-
rán ya casi hartos de ellas los preferidos y predes-
tinados: estas sensaciones, cuyo sabor nosotros los
tristes escluidos de todas esas delicias adivinamos
con la imaginacion y no con la impresion, hacen
que los ensayos jenerales de la Opera sean un pla-
cer que todos quieren gustar.

Con quince días de anticipacion son solicita-
dos los preciosos permisos de entrar, se pide el
favor de un asiento en un palco, y llueven las de-
mandas en la direccion. El día del ensayo, acu-
de el jentío a la entrada de la Opera como el día
de la representacion: se pasean inquietos y afana-
dos en las galerias los parásitos eternos de todos
los espectáculos, y procuran encontrar un medio
de introducirse en la sala: buscan las puertas di-
chosas con el celo y las ansias de un gastrónomo
sin dinero, que anda a casa de una buena comi-
da que no le cueste nada. En la sala, los palcos
se encuentran desde luego ocupados, pasa la jente
por los corredores no bien alumbrados, y delan-
te de la cocinilla que está cerrada, y agolpase des-
pués en los anfiteatros. El público se presenta
sencillo como la sala, y los amores propios se con-
tentan con el sitio que encuentran. En el ensayo
jeneral de *Ali-Baba* habia pares de Francia en el
patio, y he visto yo a un consejero de estado colo-
cado entre los mozos maquinistas. Cada uno se
mete donde puede, y los elegantes preguntan por
donde se baja al patio, como que es para ellos un
país desconocido: las damas se sientan muy con-
tentas debajo de la araña: no hay sitio que no sea
escelente; el asunto es oír y ver, y no ser vistos.
¡Por cierto que es un ejemplo insigne de igualdad
ese batiburillo del ensayo jeneral de la Opera!

Nada mas pintoresco que este aspecto confu-
so visto desde un lado: no causa aquella tristeza
de la sombra uniformidad del vestido del seco
masculino, que da al piso de nuestros teatros el
aspecto de un valle cubierto de piedras negras.
El patio, la lunetas, y los asientos de los músicos
se ven esmaltados de flores, de cintas, de plumas,
de rostros risueños y hermosas cabelleras. ¡Es un
espectáculo delicioso!

Hay tambien en el público de un ensayo je-

neral de la Opera una circunstancia que le es particular. Muchos artistas, los mejores críticos le componen en gran parte y comunican allí su franqueza ordinaria. La elegancia y la aristocracia se abaten delante de la inteligencia: son humildes; y es casi un desquite que tiene el ingenio sobre el dinero, y el talento sobre el orgullo. Los actores y las actrices tienen allí sus familias, y así no es extraño que se oigan voces de aplauso y amistad capaces de animarles. Todo el enjambre de las bailarinas toma parte en el espectáculo: van por las escaleras, por los corredores y bancos solazándose; se visitan, se festejan; usan de la sala como de una habitación que conocen, y apenas fijan su atención en el público. Estan en su casa, y no tienen que guardar con él respetos; el admitirle es un favor, y no un derecho; por entonces es el público el favorecido. Por eso se alegran y rien en ningún miramiento ni escrúpulo, y usan de toda su marcialidad y franqueza ordinaria.

En la escena, el espectáculo es mas digno de atención. Las decoraciones estan dispuestas con mucho cuidado: todos los maquinistas observan los efectos de la luz y la perspectiva. En el corredor de los palcos primeros, en medio, delante de la cocinilla, se descubre un hombre flaco, que estira el pescuezo y fija la vista; indicios ciertos del sumo interes que toma en la decoracion. Es Cicero, que se juzga a si mismo, y con rigor, yo se lo aseguro a U.: su gusto e incesorable: vale mas que todos los consejos que pudieran darsele. Los actores llegan con sus trajes ordinarios: son Nourrit, M^{ma} Damoreau, M^{la} Falcon, Levasseur, Dabadie; vienen sonriendo; el público les estima; y entran en escena sin q' el corazón les palpite con mas violencia que cuando estudian en el piano. Oigamoslos: tienen palacios, esclavos, mil bolsillos de oro.... ¿pero en donde estan las coronas de estos reyes y los turbantes de estos turcos? Algunos accesorios que otros esparcidos, y puestos como por casualidad dejan solo columbrar todas las riquezas que encierra el almacén. Llaman a los guardias y a los jenizaros, y sale un veterano o un tambor de la guardia nacional que hace las funciones de Agar. Los coros, paisanos, sacerdotes, vestales, bayaderes, o príncipes llegan casi todos en chaqueta y pantalon. El canto se interrumpe de repente: es Nourrit que dice a M^{ma} Damoreau *la que me adora*, en lugar de *la que yo adoro*. Por mas que Habeneck eche el compas, todos se rien de la escena, en toda la sala, y entre bastidores donde se ven pasearse las comparsas. Solo despues de haber cesado las risotadas, vuelven a cantar hasta que llegue otro incidente. Los actores se dan la enhorabuena, y se aconsejan y se ponen de acuerdo sobre ciertos jestos: acaban luego su papel, con las manos en las faltriqueras, conteniendo su voz como una agua preciosa que no debe filtrar sino gota a gota. Sucede otras veces que alguna omision o algun otro descuido, convierte una escena importante en un despropósito que nadie puede comprender. (Concluirá.)

Algunos entre los que han leído el soneto que sigue, nos han manifestado el deseo de verlo traducido, aunque no fuese mas que en prosa. Cualquiera que sea su mérito intrínseco, la idea que lo inspiró y el argumento que trata son

demasiado interesantes para que pueda sernos permitido negarnos a satisfacer aquel deseo. Hemos sentido mucho mas en la producción del original de lo que nos ha sido posible espresar en su copia. Los que se hallan familiarizados con la poesia italiana, tildarán quizá de atrevido el propósito de dar en prosa española lo equivalente del lenguaje de Petrarca. Hemos procurado suplir con la perifrasis a la falta de claridad. En cuanto a la energía, quien no la tiene en su alma, difícilmente la encontrará en las palabras. ¡Desgraciado el escritor obligado a espresarlo todo!

SONETTO.

É Costei donna od é Sirena? É il duolo
Di lei verace, ed é verace il pianto
Che le gotte le riga? O gioco e incanto
Di Genio e d' Arte opra sí bella é solo?

Chi spinger puó cosi elevato il volo
Per l' ampie spere del celeste Canto?
A chi di tante meraviglie il vanto
Dara sorpreso di Pizarro il suolo?

PANTANELLI sei tu che all' alma ispiri
Diletti ignoti, mentre á lei riveli
Gli strani di ROMEO crudi martiri.

Da te piovon d' amor le fiamme e i geli: *
A te densi i dolcissimi sospiri;
Tu schiudi in terra l' armonia de' cieli.

TRADUCCION.

¿Es mujer, o es sirena *la que estamos oyendo?*
El dolor que la aflige ¿es verdadero? ¿Es verdadero el llanto que le riega las mejillas? o una obra tan bella no es mas que un juego del jénio y una encanto del arte?

¿Quién puede elevarse tan alto en su vuelo por las inmensas esferas del Canto celestial? ¿A quien dará, en su pasmo, la gloria de tantas maravillas, la tierra de Pizarro?

Pantanelli, tu eres que infundes en el alma deleites desconocidos, mientras le revelas los extraños y crueles martirios de Romeo.

Tu haces llover *en los que te oyen* llamas de amor, y los hielos *de temor y tristeza con que el mismo amor suele dar la muerte a los amantes desgraciados*. A ti se deben: *tu nos arrancas los suspiros llenos de dulzura con que lloramos por la muerte de Romeo y Julieta*. Tu nos abres el cielo, haciendonos oír, *en tu voz*, la harmonia del Paraiso.

* Amor que 'ncende il cor d' ardente zelo,

Di gelata paura il tien ristretto;
E qual sia piu fa dubbio l' intelletto,
La speranza o 'l timor, la fiamma o 'l gelo.
Tremo al piu caldo, ardo al piu freddo cielo,
Sempre pien di desire, e di sospetto.

PETRARCA.